

## CAPÍTULO V.

## EL LUJO ENTRE LOS HEBREOS.

**A** BORDEMOS esta tierra aparte, la más pequeña en el espacio, la más grande por sus destinos y por su influencia en nuestro mundo occidental: la Judea.

Digámoslo ante todo: el estudio exclusivo de la *Biblia*, como monumento sagrado, ha perjudicado durante largo tiempo á las investigaciones acerca del pueblo judaico. Pensabase poco en estudiar de una manera desinteresada y sin segunda intención esta civilización original. Así fué casi exceptuado por mucho tiempo de ese movimiento de sabia curiosidad que se ha ocupado de otros pueblos de la antigüedad. Cuando el examen principió, se hizo parcial y apasionado. Ni aun la escueta cuestión de saber si la antigua Judea fué ó no un país fértil, que bien podía ser examinada friamente en sí misma, dejó de ser materia ardiente de discusión en la que parecía que la ortodoxia estaba en juego. En parte alguna se ve mejor que, en la polémica entre Voltaire y el abate Guenée, el autor de las célebres *Cartas de algunos judíos*.

Los judíos y cristianos, que consideran como divinamente inspirados los varios libros reunidos bajo el nombre de *Biblia*, reconocen hoy mismo que una masa de hechos de orden social ó económico caen aquí, como en otra parte, bajo las leyes de la crítica ordinaria. En cuanto á aquellos que no ven en la *Biblia* más que uno de los grandes monumentos religiosos de la historia de la Humanidad, que se han repartido el Oriente, sin otro carácter especialmente natural, no hacen figurar la política y la economía social entre el número de esas cuestiones que es necesario resolver de una manera cierta para dar prueba de filosofía. Aprovechamos esas nuevas disposiciones de los espíritus para hablar de la constitución de la propiedad en la antigua Judea, de su agricultura, de su industria, de su comercio y de sus costumbres privadas.



## EXISTENCIA Y FORMAS DEL LUJO EN JUDEA.

¿Hay un lujo en Judea? ¿Cuáles fueron sus formas y grado?

Esta cuestión encuentra en la misma *Biblia* muchos elementos de solución, como la que trataba no há muchos años un sabio arqueólogo, que se preguntó si había habido artes judaicas, y lo que fueron esas artes.—Saulcy.

Lo que sorprende con esa áspera comarca, en ese pequeño y enérgico pueblo, es el número y fuerza de los obstáculos que se oponían á un gran desenvolvimiento del lujo público y privado.

En vano este pueblo está rodeado de todos los esplendores del fausto oriental, de todos los refinados goces de los reyes y de los ricos sátrapas. Una negativa terminante se opone desde un principio á una parte notable del lujo público. Moisés prescribe las imágenes figurativas. Nada de representaciones de hombres ni de animales, nada de representación material de ese Dios espiritual y universal que se define á si mismo diciendo *que es quien es*. Nada bajo el aspecto religioso más admirable: la conservación de la idea pura de la unidad divina era á ese precio, y no olvidemos que la inclinación de los judíos á la idolatría les llevaba demasiado á menudo todavía contra esta previsorá prohibición.

Una tal prohibición no equivalía menos á la supresión de las artes decorativas más importantes, á la negación de una gran parte de la escultura y de la pintura, en una palabra, de toda una parte de la civilización. Lo que constituía el adorno de los monumentos y de las plazas, no menos que de los templos, en los pueblos paganos, se desvanecía de golpe. ¡En donde encontrar esas estatuas tan numerosas que en Grecia parecen formar un pueblo de piedra al lado del pueblo de los vivos; esas pinturas tan variadas y tan frescas que, por decirlo así, animan aún las tumbas del antiguo Egipto. Una austera desnudez ocupa su puesto. En Judea hay artes secundarias; pero el arte, el gran arte, no existe.

Al mismo tiempo la ley religiosa se muestra muy severa para el lujo privado.

La moral que enseña es de la más austera pureza.

Pueden tomarse sucesivamente todos los libros que componen la *Biblia*, el *Deuteronomio*, los *Libros Sapienciales*, los profetas, y se verá la condenación terminante de los refinamientos que enervan y del amor excesivo del dinero, la recomendación sin cesar repetida de una vida simple y fuerte, escrito todo allí con una claridad y una energía de las que se puede decir que legislación alguna ni literatura alguna de los otros pueblos antiguos alcanzan.

¡Singular organización, y de la que no siempre se han dado una cuenta bastante exacta más que ese pequeño grupo, débil por el número pero todavía más curioso de conocer que esos colosos asiáticos que le rodean y aplastan!

Para comprender esta organización en su fuerza y en su conjunto, es necesario reunir los rasgos principales.



Ya desde luego notamos que predomina de una manera indiscutible la vida agrícola.

El ideal de esos pueblos se expresará durante mucho tiempo, tal vez para siempre, por ese modesto voto: —«Vivir en paz á la sombra de su viña y de su olivar.»

El país es de un aspecto severo, de una esterilidad desoladora.

Sólo la Galilea constituye una excepción, verdadero oasis en medio de esa aridez terrible.

Esta privilegiada región, muy restringida para dar á la civilización judaica ese carácter de dulzura y de enervamiento que parece nacer del clima, ha inspirado pinturas llenas de encanto á escritores como Lamartine y Renán. La misma ciencia ha trazado descripciones muy preciosas, que hacen comprender de qué naturaleza pueden ser las dulzuras de la vida en esta raza fuertemente templada. Las producciones naturales dan alguna vez la idea de un edén. Ellas hicieron la riqueza y la abundancia de aquellos que vivieron en ese rincón de tierra, donde las orillas del mar se cubren de lentiscos, de palmeras y de nopales, en donde se encuentran las viñas, los olivos, los sicomoros, en donde los bosquecillos naturales se componen de verdes encinas, de cipreses y de terebintos, en donde la vegetación es tal, que los viajeros cuentan haber comido á la sombra de limoneros grandes como nuestras encinas y haber visto sicomoros que daban sombra á treinta personas con sus caballos.

En esta dulce Galilea todo toma su valor de la Naturaleza. El vino de San Juan, cerca de Bethleém, de un delicioso gusto, los olivos salvajes, de cerca de Jerichó, que dan frutos muy grandes y un aceite muy fino; el mismo campo que, después de haber producido trigo en el mes de mayo, produce abundantes legumbres en otoño; los árboles frutales continuamente cargados de flores y frutos; las moreras plantadas en línea en los campos, entrelazadas por las ramas de las viñas, tal es el cuadro trazado por escritores de una exactitud escrupulosa.

Moisés ha podido decir que en el país de Chanaán manaba miel y leche; los rebaños de los árabes encuentran todavía pastos muy succulentos, las abejas salvajes recogen en las hendiduras de las rocas una miel perfumada.

Un suelo tal, era favorable á la pequeña propiedad, enemiga de ese lujo que se despliega al abrigo de las grandes existencias financieras y feudales.

La pequeña propiedad, á pesar de las excepciones reales y notorias, queda siendo el hecho dominante de la organización económica de la Judea. Muy conforme al suelo, fué por otro decretada legalmente, á consecuencia del reparto del suelo entre las familias.

La estabilidad de esta división de la tierra prometida entre sus poseedores, considerados más bien como usufructuarios que como propietarios, es el objeto evidente del legislador en esta institución del jubileo, de lo que, por otra parte, se ha caído en el error de hablar como de una ley en vigor. Sabido es que esta institución, después de cada periodo de cincuenta años, debía volver los inmuebles vendidos á las manos de sus primeros poseedores ó de sus herederos, y restablecer la desigualdad entre las fortunas. Pero ese nuevo reparto del suelo en épocas periódicas, no se ejecutó jamás, á causa de las dificultades que habría encontrado; la desigualdad se estableció allí como en todas partes, aun cuando dentro de ciertos límites. Hubo, pues, en Judea ricos propietarios territoriales. La *Biblia* ha recordado los nombres de algunos de esos privilegiados en inmortales idilios, y lo que confirma nuestra aserción; Isaías debía estigmatizar esa extensión de ciertos propietarios de bienes territoriales:—«Desdichados, dice, de aquellos que añaden casa á casa, terreno á terreno, hasta tanto que les falte puesto y que sean los únicos habitantes del país.»



Palabras que prueban que los profetas se mostraban celosos guardianes de las tradiciones nacionales de igualdad.

Esos propietarios vivían en la abundancia, daban copiosos festines; pero apresurémonos á decirlo: la opulencia real de los poseedores de las grandes posesiones, en Oriente, no tiene, en realidad, nada que ver con esos poseedores de posesiones rurales. Tiene una vida cómoda y holgada, helo aquí todo. Los unos son benéficos y caritativos, los otros son avaros y duros con el pobre: tales se les ve en los libros santos.

Las principales ciudades, como Jerusalén, Samaria y las otras ciudades importantes, debían convertirse en teatro de un lujo relativo, del cual buscaremos la naturaleza y extensión.

Mas como ese mismo pueblo, siempre en guerra con sus vecinos, á menudo arrancado á sus muros y á su suelo, obligado á reconstruir pueblos destruidos, ¿había podido tener habitualmente lugar y medio para dar un muy grande desenvolvimiento al fausto de la vida privada?

Tenía, gracias á las restricciones de Moisés, pocos esclavos; los criados eran más libres que en otra parte alguna, y además se les trataba con una dulzura de la que no ofrece la

antigüedad ejemplo; una industria dividida, ejerciéndose bajo la forma de oficios aislados; el préstamo á interés entre hebreos prohibido; todas esas condiciones debían reducir las pompas mundanas dentro de límites bastante estrechos.

Añádase, en el seno de la familia, el papel modesto y digno de la mujer. No es, como en la mayor parte de las naciones orientales, ora una esclava envilecida, ora una favorita que el

capricho de un déspota adorna como un ídolo sin dejar de menospreciarla. Aquí se convierte verdaderamente en la compañera del hombre, compañera seria, activa, vigilante, que encuentra su fiel expresión en el enérgico retrato de «la mujer fuerte».

He aquí bastantes datos para que la vida de ese pueblo, al cual, sin embargo, se han prometido bienes temporales, aparezca, en general, al abrigo de goces demasiado enervantes y de un fausto corrompido.

Entre esos bienes temporales, que Dios toma cuidado de enumerar por sí mismo, no se encuentra ni el oro, ni la plata, ni las pedrerías, ni los muebles preciosos: exclusivamente se le ofrecen tierras fértiles, un ganado floreciente, lluvias á su tiempo, abundante cosecha, árboles cargados de frutos, y por encima de todos esos bienes, un sueño tranquilo, la seguridad, la paz y la fecundidad de las familias.

Y sin embargo, el lujo se ha desarrollado hasta cierto punto en el seno de ese pueblo, el lujo tiene un puesto en la *Biblia*.

Siu duda alguna que hubo de ser muy limitado en tiempo de los patriarcas. Recordemos las circunstancias, á la vez tan simples como poéticas, que preceden al matrimonio de Rebeca, cuando el criado de Abraham la encuentra cerca de la fuente, y le ofrece un adorno de oro que pesa medio ciclo y dos brazaletes de oro que pesan diez ciclos. Cuando Labán consiente que se lleven á Rebeca para que sea mujer de Isaac, el mismo servidor presenta

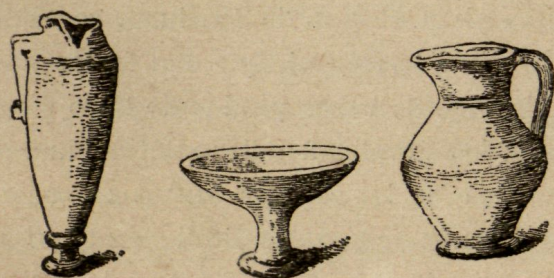


Fig. 217.—Vasos caldaicos del segundo período.



vasos de oro y de plata y ricos vestidos á la joven prometida, y llena de presentes á su madre y á sus hermanos. Juda da, como prenda, á Ithamar, su brazalete y su anillo.

Para los tiempos de Moisés, ¿no se tiene la prueba de un lujo ya mayor? Cuando, cediendo á los clamores del pueblo, Aaraón levanta el becerro de oro, hace entrar en su fundición los pendientes de las mujeres y de las jóvenes judías. ¡En este punto, como en otros, el cautiverio de Egipto hubo de aprovechar á la instrucción del pueblo judío!

La vecindad de naciones ó tribus vecinas no fué ni menos instructiva ni menos contagiosa. Esos pequeños pueblos buscaban mucho los ricos adornos, que abundan en sus arreos de guerra y que en gran número figuran en sus usos privados. Véase, por ejemplo, á Jedeón, vencedor de los medianitas. Cuando rehusa el trono que los hijos de Israel le ofrecen, pide por recompensa los pendientes de oro de los medianitas, que forman parte del botín. Los pendientes resultaron pesar 1.700 ciclos de oro, sin otros adornos, sin los preciosos collares, sin las argollas de oro de los camellos, sin los vestidos de escarlata que tenían por costumbre ponerse los reyes de Median. Gedeón hizo de todos esos dones un ephod consagrado á Dios.

Arrastra á este pueblo por momentos, como á otras naciones, una fuerte inclinación por todo lo que brilla á los ojos.

¡Cuántas veces no fué seducido por esos aspectos brillantes y sensuales del culto del vellón de oro! Es muy equivocada la idea de los que se figuran á ese pueblo, aun en el tiempo en que permanecía fiel á Jehovah, en estado de pueblo santo y continuamente rezando. Ese carácter religioso y sacerdotal, que tan fuertemente tiene como nación, no impide que la vida recupere sus derechos en las horas que el hombre se entrega á los movimientos de la naturaleza. Tienen también los judíos sus juegos, sus diversiones: conocen la alegría de los festines, y gustan mucho de ciertos vicios que la *Biblia* no se ha desdeñado de citar y que figuran en esas festivas solemnidades. Amos é Isaías hablaron de varias canciones báquicas que se entonaban acompañados del kinnor, del luth y de los tamborinos, asentados los convidados en lechos de marfil, ó tendidos en divanes, teniendo cerca las cráteres y copas coronadas de flores... Desconfiemos de esas pinturas uniformes que parecen inmovilizar un pueblo ó un individuo en una idea fija y única.

Pero, por alto que se remonte, lo que exclusivamente forma el lujo público es el lujo religioso.

Nada más conforme al genio y misión del pueblo hebreo.

Ese género de magnificencias tiene ya en el *Tabernáculo* una importante realización: monumento frágil, es verdad, destinado á ser transportado, pero formado de una tienda de preciosa tela, cubierta de pieles de cabra. Negados esos esplendores del *Tabernáculo*, como poco compatibles con el estado de un pueblo que vivía todavía la vida pastoril, son hoy día confirmados por los restos recientemente descubiertos de trabajos metalúrgicos en los puntos en que los hebreos permanecieron más ó menos tiempo bajo el mando de Moisés.

En la descripción del *Tabernáculo*, tal cual lo presenta la *Biblia*, el oro y la plata aparecen por todos lados; el arca de la alianza, colocada en el centro del santuario, revestida de oro, lleva en sus dos lados querubines de oro con las alas extendidas.

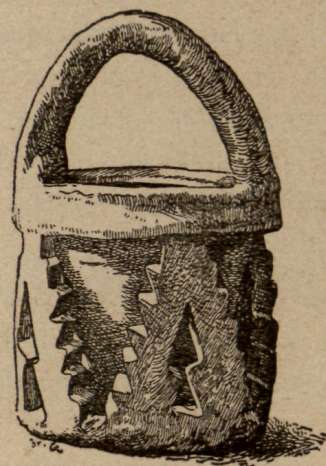


Fig. 218.—Vaso caldaico.



De oro era el candelero de siete brazos, la mesa en la que depositaban, en nombre de las doce tribus, los doce panes de «proposición», que se renovaban todos los sábados; de oro eran las hojas que envolvían la madera, los vasos para incienso, las copas destinadas á las libaciones, los candelabros, las lámparas.

Soberbias cortinas, cubiertas de espléndidos bordados, formaban alrededor del Tabernáculo como un recinto.

¡Cuántas telas de fino lino y cuántas pieles teñidas de púrpura y de escarlata! ¡Cuántas piedras preciosas, y también, en ese culto naciente, cuán rico no era el traje de los sacerdotes consagrado al culto del Dios vivo!

Pero lo que nosotros debemos sobre todo notar es la sencillez que continúa siendo el rasgo característico del sacerdocio judaico.

Encuétrase en esto un singular contraste con las riquezas de los otros sacerdocios orientales: con las brahmanes, que se dan por únicos propietarios de la tierra y que se cortan una parte leonina; con los sacerdotes egipcios, que poseen una tercera parte del país, sin contar las rentas particulares de cada templo y la exacción de los impuestos.

Todavía es el contraste más notorio con esos indignos sacerdotes caldeos, que se enriquecían con el fraude y llegaban á robar hasta á los mismos dioses.

Cierto es que hay que hacer de ello honor á la ley religiosa. Pero la constitución política merece también su parte de elogios.

Esradamente se ha presentado al gobierno judío como á una teocracia. Por poderosa que sea la influencia de los sacerdotes, no por esto gobiernan.

Iguales delante de Dios, los hebreos, iguales delante de la ley, todos forman parte del pueblo santo. Esto resulta de las palabras de Jehova en el *Exodo*: «Vosotros sois para mi una nación de sacerdotes y un pueblo santo.»

Si el sacerdocio está representado por una sola tribu, esta tribu sagrada está por sus alianzas unida á todas las otras; toda hija de Israel puede entrar en ella por el matrimonio; toda mujer de raza sacerdotal puede casarse con hombre de otro origen.

Tenía la desigualdad tan poca en vista la tribu de Levi, que esta estaba excluida de la tierra de promisión. A excepción de los cuarenta y ocho pueblos ó aldeas que juzgaron necesarias para servirles de asilo, no debían tener otro patrimonio. Jehova dice á Aaron:—«Tu no heredarás en su país, y tu no tendrás parte alguna en medio de los hijos de Israel.»

Este es, confesémoslo, un espectáculo incomparable.

Nada semejante se ha visto en la Iglesia primitiva. Verdad es que el diezmo existe. Los recursos de los Levitas, consisten en ese diezmo de las producciones de la tierra y de los rebaños. Sobre este diezmo mismo reservábase un diezmo á los meros sacerdotes. Situación independiente mejor que rica, muy propia para mantener la adhesión de todo el cuerpo sacerdotal. Sin duda más tarde bastó para hacer la fortuna de un cierto número de grandes sacerdotes; pero esto era la excepción, y la opulencia continuó siendo rara en el cuerpo sacerdotal.

Asi en ese país verdaderamente á parte, cualesquiera que hayan sido sus vicios y sus excesos, no hay clase en la que parezca que se haya concentrado la opulencia.

Se le podrá llamar durante largo tiempo una especie de santa democracia.

El autor del *Pentateuco* recela del lujo monárquico. Su deseo formal es la existencia de una autoridad temporal de jefes elegidos por el pueblo, bajo la designación del sacerdocio.



Pero no impone forma alguna ni excluye tampoco la monarquía, caso de que el pueblo la reclame: sólo quiere en este caso el *Pentateuco* que sea sencilla, pues tenía un fausto excesivo común, lleno de peligros para la moral y funesta para las poblaciones:—«Si tu llegas al país que Jehova, tu Dios, te da, y si después de haber tomado posesión de él te estableces y dices:—«Yo quiero colocar encima mio un rey como todas las naciones que me rodean», coloca encima tuyo el rey que Jehova, tu Dios, te habrá elegido; coloca encima de tí un rey de entre tus hermanos... solo, que, no reuna gran número de caballos, ni un gran número de mujeres... ni amontone demasiado oro y plata», etc.

La monarquía acabó por triunfar—por allá por el siglo XI, antes de Jesucristo.

Este período está señalado por magnificencias hasta entonces desconocidas, por el advenimiento de todas las suntuosidades orientales.

Es esto mismo, cosa muy digna de notarse, no solo una de las razones, sin el principal argumento que Samuel invoca para disuadir al pueblo á que elija un rey.

¿Quién ignora el vivo lenguaje con que describe el tren fastuoso de las cortes, los numerosos criados de los reyes y el aumento de cargas que de ello resulta?

¡Cuánto esas cargas no pesarán sobre la juventud llamada al servicio del príncipe, ora para la guerra, ora para empleos menos nobles! ¡Cuánto no se harán sentir en los campos y en sus poseedores!

¡Qué elocuencia más familiar y expresiva en ese cuadro tan bien hecho para conmover á los hebreos! «El rey hará de vuestras hijas perfumistas, cocineras y panaderas... Tomará vuestros criados y vuestras criadas y á los jóvenes más fuertes del país, con sus asnos, y los hará trabajar para él. Entonces gritaréis contra vuestro rey, que habréis elegido, y el Señor no os escuchará, porque seréis vosotros mismos quienes habréis pedido un rey.»

Vanas advertencias, y que no podían prevalecer contra necesidades políticas más serias sin duda que un simple capricho. Las mismas razones que produjeron en otros pueblos la transformación de un poder temporal y dividido en un poder monárquico y concentrado, no se imponía tal vez al pueblo hebreo de una manera menos imperiosa. Una unidad más grande en el Estado, ya fuera para el gobierno interior, ya, sobre todo, por las necesidades de la defensa nacional, he aquí lo que se reclamaba con una decisión que hizo de esta revolución un acto de la voluntad nacional.

Samuel no por esto dejó de hacer justos pronósticos, y el mal que anunciaba fué al desenvolverse, levantando las protestas de otras voces proféticas que no habían de ser menos escuchadas.

---

## EL LUJO REAL.

---

Las formas políticas entrañan, en cuanto al lujo, consecuencias inevitables. La creación de una corte, las suntuosidades de un palacio, la organización de un vasto personal, que se gradúa desde la más alta nobleza hasta la más baja servidumbre; el aparato guerrero de una



guardia; el ejemplo obrando sobre las costumbres privadas en todas las clases, tales son los resultados en todas partes observados de una monarquía absoluta ó solamente muy poderosa. ¡Cuánto, pues, no debían producirse todavía de una manera más fatal en esas comarcas de Oriente, en esas razas amigas de todo lo que brilla y dispuestas á no reconocer el poder más que en los signos exteriores que hieren la imaginación!

Menos que otros, tenían necesidad los judíos de recurrir á esos medios materiales, gracias á la fuerza eminentemente moral de la religión y el estado dividido de su sociedad.

El efecto de las predicciones amenazadoras de Samuel, en cuanto al lujo real, pudo suspenderse durante el largo reinado de Saúl, por la fuerza de los hábitos contraídos, por las viejas tradiciones de igualdad, por el horror que inspiraba la idea tan fácilmente aceptada de los otros pueblos orientales, que un rey puede convertirse en una especie de ídolo coronado á quien se dirigen homenajes que se parecen al culto.

Añádase á esto todas las resistencias morales en fin, la oposición que se apoyaba sobre todo en el sacerdocio.

Saúl, á pesar de su posición, que le llevaba al rango real, no cambió en lo más mínimo su manera de vivir. La noticia de que Nahas, rey de los ammonitas, amenazaba á la ciudad de

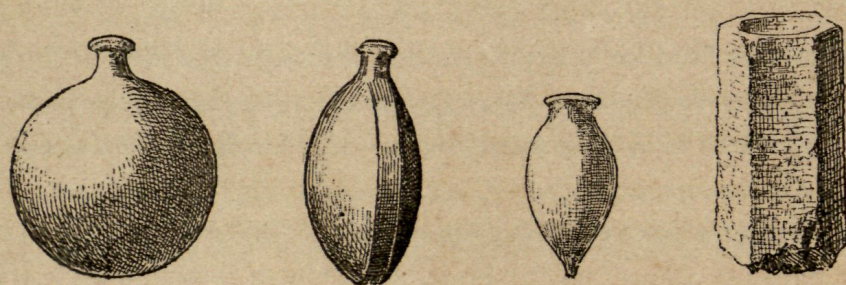


Fig. 219.—Vasos asiricos.

Jabes-Galaad, le sorprende en su casa de Gabaa, en el momento en que llevaba su yunta al trabajo.

La nueva constitución llevaba un obstáculo positivo á toda veleidad de fastuosa coste. Redactada por el mismo Samuel, prohibía toda residencia fija al rey, lo que le reducía al papel de un simple jefe hereditario, siempre á las órdenes de Jehovah, es decir, del sacerdocio divinamente inspirado.

Sabido es hasta qué punto Saúl se resignó á ese papel subordinado. El conflicto sangriento entre el poder real y el sacerdotal, llena cuarenta años de ese trágico reinado, demasiado perturbado para prestarse al establecimiento de una corte regular.

La monarquía brillante nació con David. Ese rey «según el corazón de Dios» osó y pudo hacer lo que Saúl no había siquiera intentado cumplir. Vióse sin sorpresa cumplirse esta metamorfosis por un príncipe rodeado de todo el prestigio militar, dotado de todos los talentos del poeta y del músico que acababan de hacerle querido de la muchedumbre.

A nadie se le habría ocurrido recordar los humildes orígenes de ese joven pastor, introducido en los palacios para calmar, con el sonido de su arpa, los furores de un rey alucinado. Y sin embargo, por parte de David mismo, ¡cuánta prudencia en los comienzos! Se puede notar el cuidado que pone ese todo en príncipe tan astuto como heroico, en no precipitar nada, en guardarse de todo lo que podía darle un aire de insolente triunfador. Así



castigó á los asesinos de sus enemigos. Lloró la muerte de Jonathas y de ese Saúl que había querido varias veces hacerle asesinar.

En ese llanto de dolor notamos un rasgo curioso del lujo de las hijas de Israel. —«Hijas de Israel, exclama David, llorad por Saúl, que os vestía de escarlata entre la pompa y las delicias, y que os daba adornos para engalanaros.»

Así esa monarquía, tan tempestuosa como perturbada, había ya ejercido alguna acción sobre el lujo.

Había favorecido con sus liberalidades ese sexo á quien el establecimiento de una monarquía despótica y llena de pompa iba á dar una importancia tan funesta.

Nada, en los modestos debutos de David, podía hacer preveer la espléndida continuación de ese gran reinado. Siete años y medio permaneció en Hebron, que el Señor le designó como residencia. Contentóse con llevar consigo á sus dos mujeres, á Achinoam y Abigaíl. Esta situación duró tanto cuanto se prolongó la lucha armada con la familia de Saúl y las tribus de Israel. En sus años de permanencia en Hebrón, se ve, sin embargo á David muy atareado en aumentar el número de sus mujeres. Una vez señor de Israel, lo mismo que de Judá, uno de sus primeros actos fué todavía aumentarlas. ¡Triste pronóstico!

El lujo religioso osa, en fin, confundirse con la fundación de Jerusalén.

El día en que David tomó y ejecutó esta resolución de fundar una capital y establecerse en ella, se puede decir que desgarró con sus manos el pacto constitucional, depositario de las desconfianzas sacerdotales, que condenaba la monarquía á una existencia simple y casi errante.

El sacerdocio debía encontrar una compensación en la fundación del templo y en la creación de una ciudad santa.

Difícil sería exagerar la importancia de esta creación de la nueva capital, bajo la relación de los destinos del pueblo judío y de la Humanidad.

Por hoy se junta un gran interés histórico al acto que transforma la ciudad fuerte, cananea, de Jebus, en una ciudad poderosa destinada á ser á la vez una ciudad nueva—Moriah—una fortaleza—Millo—y una residencia real—Sión.

Forma el conjunto esta Jerusalén, que fué á la vez la fuerza y la debilidad de Judá; su fuerza, pues, daba un centro visible y resistente al dogma fundamental de la unidad divina: su debilidad, pues, se convertía en un foco de divisiones, de sectas, de perturbaciones de todos grados, y ofrecía al extranjero un objeto de conquista que le permitía alcanzar el corazón de toda la nación.

La monarquía no tardó en hacer de ella una mansión en relación con su poder y su esplendor.

Vemos en la *Biblia*, en el *Libro de los reyes*, que tan pronto estuvo en posesión de un poco de reposo por el éxito de sus primeras guerras, David hizo construir un palacio de cedro y de cantería.

Poco á propósito era el emplazamiento de la ciudad para hacer de ella un centro industrial, del comercio y del lujo, alejada de la mar y en medio de un desierto de piedra. Si, pues, alcanzó á brillar, sólo á la monarquía lo debió.

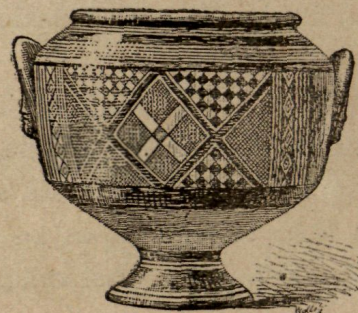


Fig. 220.—Vaso fenicio.



Además de á David, debió también parte de su esplendor á la religión, que encuentra como un punto de reunión central alrededor del arca que hizo allí trasladar el piadoso rey, y que colocó en un tabernáculo en la colina de Sión. Fué ésta, como es sabido, ocasión de brillantes fiestas y de ceremonias, entre las cuales figuraron esas danzas de las que el mismo David, en medio de la alegría pública, dió el espectáculo á su pueblo.

Mejor debemos ahora intentar apreciar el fausto real de Salomón, que no describirlo, ya que los detalles se encuentran en todas partes.

Si nos atuviéramos á la impresión que causan esos tesoros, esos gustos, ese lujo personal y esos placeres, nos creeríamos enfrente de uno de esos soberanos asiáticos que no se rehúsan la satisfacción de ningún capricho.

¿No hay, sin embargo, algo de hipérbole en esta expresión bíblica que, bajo ese reinado «la plata era tan común en Jerusalén como las mismas piedras»? ¿Pueden otras evaluaciones tomarse también al pie de la letra? Si así fuera, deberíamos estimar en doce mil millones de pesetas de nuestra moneda el valor de los vasos metálicos dejados á Salomón por su antecesor. Las rentas de Salomón se habrían elevado anualmente á 46 millones, sin comprender las granjas y los peajes, los derechos percibidos de los mercaderes y pasajeros, ni, en fin, los tributos considerables pagados por los reyes de Arabia y los gobernadores de provincias.

Empero, la *Biblia* contiene sobra de detalles preciosos, de los cuales hay que tomar nota, acerca del lujo personal de Salomón.

Enumera el *Libro de los reyes* los doce oficiales encargados de la mesa, de las caballerizas y de los víveres necesarios para esta numerosa corte. Cada día necesitábanse treinta medidas de flor de harina y sesenta de harina ordinaria, diez bueyes gordos, veinte bueyes de pasto y cien corderos. Hay que añadir á esto la caza, los ciervos, los corzos, los toros salvajes y la volatería. Leemos además en la *Biblia* que Salomón poseía en sus cuadras 40.000 caballos para los carros y 12.000 caballos de silla. Una cifra tal no puede indicar más que las fuerzas de su caballería, sin distinción alguna con los caballos que podría la corte emplear.

Tiene este hecho, por otra parte, su explicación, que hace comprender lo que á primera vista parece exagerado.

El matrimonio de Salomón con la hija del famoso Thami, encierra una cláusula bastante curiosa. Habíanse los caballos multiplicado en gran manera en Egipto desde la invasión de los Pastores; Salomón se hizo atribuir, como una parte de las ventajas estipuladas en su favor, el monopolio de la venta de caballos de la región de donde había tomado esposa. Era á la vez un comercio lucrativo y un medio cómodo de enriquecer á su gusto sus establos con potros elegidos.

Más aun que esas construcciones, admiramos el espíritu ingenioso y activo que puso en ejecutarlas, y que no se puede menos de encontrar digno del hombre dotado de facultades extraordinarias; que sus escritos, aun cuando se hayan perdido, por desgracia, la mayor parte, los que han quedado para siempre le han inmortalizado.

Salomón ofrece, por consiguiente, un contraste notable con la acostumbrada indolencia de los monarcas de Oriente, que sin discernimiento gozan de un lujo de antemano preparado.

El mismo pone su cuidado en llamar los más grandes arquitectos forasteros y en ocuparse en persona de todos los trabajos.

Así se hizo construir un palacio que suplantó completamente el de David, sin hablar de



otra espléndida mansión elevada á la hija del Faraón. La *Biblia* señala un trono de marfil cubierto de oro; quinientos escudos de oro, dice que él mandó fabricar su vagilla que era igualmente de oro; las largas galerías de columnas, las puertas de madera de cedro, la grandeza y la belleza de las piedras que la relación bíblica se complace en enumerar. Sin embargo, si no tuviéramos más que el *Libro de los reyes*, no pocos de esos ejemplos del lujo quedarían en la sombra. En cierto modo, los completan las *Crónicas*, que encierran algunas adiciones á ese libro, y además la descripción del historiador Josefo, en sus *Antigüedades judaicas*.

Josefo no hace más que desenvolver las *Crónicas* en lo que él cuenta de esas numerosas esculturas por lo demás, tan poco conformes con la prohibición de representar seres vivos.

Así, no sólo Josefo afirma que los soberbios materiales del palacio estaban plaqueados de piedras preciosas, que resplandecían en triple hilera; no sólo dice que los techos estaban llenos de oro, sino que habla de una admirable obra de escultura, representando árboles y plantas de toda clase, como ramas y hojas pendientes, cinceladas con un arte tan maravilloso, que parecen, por decirlo así, agitarse sobre la piedra que cubren. «Todo el resto de la superficie de los muros, hasta el techo, estaba cubierto de estuco y adornado de pinturas de varios colores.»

Así, ¡he aquí la escultura y pintura decorativa! Más aún: no son solo los vegetales los que resultan imitados con arte, como muy frecuentemente sucede entre los judíos; á los lados de ese magnífico trono de marfil en forma de tribuna, al cual se subía por medio de seis escalones, se encontraban colocados doce leones; otros doce leones estaban arriba, al lado del trono. El sitio real estaba, en fin, establecido sobre la figura de un novillo mirando atrás.

Hay, pues, motivo para hacer á un arte decorativo que no se detiene delante de las prescripciones de Moisés, su parte. ¿Pero hasta qué punto?

Puede dudarse que se extendiera mucho más allá de los límites del palacio real. Las infracciones á la ley no faltan jamás en vida de ese príncipe, que alió con el culto del Señor toda clase de idolatrías y que sacrificó en los altares á las divinidades extranjeras. ¿Qué concluir de ello, sino que un lujo tal fué una excepción, como la de esta magnífica tumba que levanta á su padre David, y que no puede hacer objeción contra la ausencia habitual entre los hebreos de todo gran fausto funerario? Josefo mismo hizo observar varias veces que la conducta del príncipe era poco ortodoxa, cuando hacía fabricar dos bueyes de bronce en cuyas espaldas descansaba el lebrillo sagrado llamado «la Mar», en el templo del mismo dios viviente.

El templo elevado por Salomón, justifica en sí mismo la idea magnífica que de él nos hemos formado. Esto sin embargo se le ha contestado.

Un eminente orientalista, M. G. Maspero, escribe sobre este punto: «La inexperiencia de los hebreos en materia de arquitectura, hace considerar la obra de Salomón como un modelo único: de hecho era á los edificios grandiosos del Egipto y la Caldea, lo que su mismo Imperio era á los otros Imperios del antiguo mundo, un pequeño templo para un pequeño pueblo.»

Juicio fundado en cuanto las dimensiones por comparación con los edificios á los cuales se hace aquí alusión; pero que no contradice en nada, por lo que toca á la riqueza y la belleza.



En cuanto á la extensión, mucho más reducida que las de estas inmensas pagodas, nos parece, por lo mismo, en relación con la naturaleza del dios personal, que no tiene necesidad de estos espacios, en cierto modo indefinidos, para hacer sentir su presencia y su majestad.

Todo en el templo judío respira el culto de este dios universal y nacional á la vez.

Si el lugar es austero, las ceremonias están llenas de pompa.

En el santuario descansa el arca de la Alianza. He ahí el altar de los holocaustos, en donde los sacrificadores suben por un tramo sin peldaños. El vestíbulo, haciendo frente delante del templo, está ocupado por los levitas cantando las alabanzas al Señor y tocando instrumentos de música. La vista se detiene en estas planchas de oro suspendidas, en estas

columnas todas doradas y adornadas de esculturas. El tesoro encierra los vasos sagrados de oro y de plata, en tan gran número, que, á la vuelta del cautiverio, los judíos trajeron hasta cinco mil cuatrocientas de ellas.

Este lujo religioso es en suma el más grande y el más duradero que los judíos hayan conocido. Queda entre ellos como la más alta y la más original expresión del lujo público.

Hemos vituperado el exceso del fausto monárquico inaugurado y acabado por Solomón. Nosotros no debatimos ciertos aspectos dignos de elogio. Jerusalén mejor edificada, embellecida de monumentos y de soberbios pórticos;

villas enteras que se elevan ó que son enteramente reconstruidas; los trabajos públicos provechosos; un comercio marítimo, que lleva el oro en abundancia, la plata, el marfil, las piedras y las maderas preciosas.

Este lujo no es menos condenable por sus consecuencias políticas que fueron de la última gravedad.

La enormidad de los tributos impuestos á los vencidos, y las cargas que tuvieron que satisfacer los judíos por su causa, fueron la causa principal de las sublevaciones exteriores é interiores que marcaron el fin del reinado, y que amenazaron con la división del Imperio.

Se hubiera dicho que Salomón había agotado en medio siglo todo lo que había de energía vital en el reino judío.

El mal lujo puesto en uso por este príncipe fué esta poligamia sin freno, que subía hasta mil el número de sus mujeres y concubinas. Tuvo por efecto alterar el carácter religioso y nacional que hubiera sido su verdadera fuerza, y de arrojar este gran hombre en las criminales debilidades que habían ya deshonrado á David. Hizo caer este espíritu tan elevado y tan cultivado en supersticiones indignas de él, contribuyendo á conducir á esta filosofía moralista de una sabiduría tan luminosa á esta especie de escepticismo desencantado y consumido, que se traiciona en más de una de sus sentencias.

La poligamia no hizo más que corromper las costumbres, derramar entre las mujeres judías el contagio de los refinamientos. Hace daño sólo el encontrarla en tal pueblo.

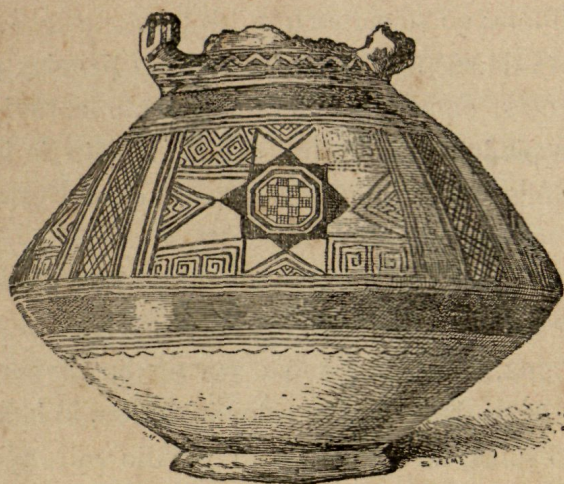


Fig. 221.—Vaso de Jerusalén.





EL TOCADOR DE ESTER



La poligamia habrá sido con la esclavitud la maldición del mundo antiguo y del Oriente moderno.

Moisés, reduciendo ésta, había tenido, por lo menos, el mérito de moderar aquélla.

Más tarde, el Corán respeta esta poligamia funesta que debía perturbar la vida doméstica de Mahoma y contribuir á los errores y á las faltas de su vida pública en sus últimos años.

Ha sido la corrupción, ha sido la desgracia de esos países, en donde se ha visto embrutecer á los gobernantes, oprimir y degradar el sexo débil, destruir en germen la familia aboliendo los nombres de esposo y esposa, de padre y de madre en su significación seria.

Todavía es la llaga fatal de Oriente.

El mundo moderno, que se precia de haber abolido la esclavitud, una de las miserias morales de la civilización antigua, no habrá acabado su obra sino cuando haya borrado esta última ignominia y hecho desaparecer esta suprema iniquidad.

---

## EL LUJO PRIVADO ENTRE LOS JUDÍOS

---

Nos queda por averiguar en la *Biblia* todo lo que anuncia la existencia del lujo privado entre los judíos.

Hemos ya señalado los testimonios de una alta antigüedad, sin desconocer las causas religiosas y sociales que habían impedido el lujo particular de tomar los mismos desenvolvimientos que entre las otras naciones de Oriente.

El establecimiento de una monarquía ya brillante con David, fastuosa con Salomón, no podía dejar de tener en las costumbres privadas una influencia considerable.

Sin comparar la nueva capital á estos espléndidos hogares de civilización material, Babilonia, Tyro, Persépolis, se debe reconocer que tuvo un despliegue de vida más brillante y perfeccionada de lo que lo hubieran hecho suponer los largos siglos anteriores de una existencia simple.

La arquitectura de los edificios y del amueblamiento, sufrieron en Jérusalén una revolución, gracias á la importación de los más preciosos materiales y á los ejemplos de una monarquía que, en este género, creó verdaderos modelos.

El hebreo rico conoció en su morada las maderas odoríferas, el cedro, el ciprés, con que revestían los edificios y hacían los artesonados y las columnas. Los muebles fueron fabricados con un arte hábil que ejercieron diversos oficiales. No pudiendo igualarse, sin duda, se imita la riqueza del mobiliario de este rey Salomón, quien se hizo hacer «una cama de parada con madera del Libano adornada con columnas de plata, cuyo almohadón era de oro y el sitial de púrpura.» Se servía de ricos tapices para sentarse y acostarse. El profeta Eze-



quiel habla de una de las mercancías que los árabes trajeron de Tyro. Las casas más opulentas tuvieron las camas de marfil. Esto es una causa de reproche que se encuentra anunciada en otra profecía. La misma materia servía para chapear los artesonados, lo que significan sin duda estos «palacios de marfil» que el profeta amenaza destruir antes de la ruina de Samaria. Se guarnecían estas camas con telas preciosas y se les rociaba con agua de olor. Se ha hecho más de una alusión al tamaño y belleza de los candeleros que se ponían en el suelo para sostener las lámparas.

La costumbre de bañarse y perfumarse fué llevada hasta un gran refinamiento.

El *Cantar de los cantares* está como lleno de una superabundancia singular de las más principales esencias; parecen cernerse en una nube encima de los dos amantes. «Mientras que el rey descansaba, dijo la esposa, el nardo que estaba perfumado ha esparcido su buena olor... ¿Quién es este que se eleva del desierto como un humo, que muestra los perfumes de la mirra, del incienso y de todas especies de polvos de olor?»—«El olor de sus perfumes, exclama el esposo, transmite todos los aromas... El olor de sus vestidos es como el olor de los inciensos..... El nardo y el azafrán, la caña aromática y el cinamomo se encontraban de la misma manera que la mirra, el áloe y todos los perfumes más excelentes.»

El esposo dijo más: «Mis manos destilan mirra, etc.» Esta pasión por los perfumes es común á los judíos, con los otros orientales que hacían uso para ellos é inundaban á las mujeres.

Esther, como todas las mujeres extranjeras, antes de ser admitida á participar del honor de la cama del rey de Persia, pasó «seis meses en los aceites de olor y la mirra».

El lujo de los ropajes estuvo en igual uso entre los hombres. Se compone de algunas guarniciones ó franjas de púrpura y de bordado, de algunos broches de oro ó de pedrerías. Los ricos lo hicieron consistir especialmente en la variedad de los trajes que guardaban en reserva, en una cantidad de trajes en lana, lino, algodón y *bys*, especie de seda de amarillo dorado. Se buscaba la finura de las telas y de los colores, de los cuales los más estimados fueron el blanco y la púrpura encarnada ó violeta. Los jóvenes ricos llevaron los trajes pintorreados de colores vivos y variados.

¡Hasta qué punto no son estas investigaciones eclipsadas por las magnificencias y las sutilezas de las hijas de Jerusalén! Qué detalles de tocador más característicos en el *Cantar de los cantares*: «Tus mejillas están hermosas con las hileras (de perlas), tu cuello está hermoso con los collares.—Te haremos collares de oro entremezclados con perlas de plata.»—«Estos dos versículos, dice M. de Salucy, hablan por sí mismos. Sabemos muy explícitamente que en la época de Salomón las mujeres colgaban á lo largo de sus mejillas hileras de perlas ó de piedras finas que, pasando por debajo de la barba, encuadraban la figura. En cuanto á los collares, resulta de uno de estos versículos, que los más elegantes eran compuestos de perlas de oro entremezcladas con perlas de plata.»

Basta, para hacerse una idea de este lujo de engalanamiento, acordarse del tocado que se hizo Judith cuando, cediendo á las inspiraciones de un uraño patriotismo, que toma la misma voz de Dios, se determina salir al encuentro de Holophernes: «Habiendo llamado su sirvienta, bajó á su casa, se quitó su cilicio, se quitó sus vestidos de viuda, se lavó el cuerpo, se roció con un perfume precioso, rizó sus cabellos y se hizo un magnífico peinado. Se revistió con los vestidos que tenía costumbre de llevar en tiempos más dichosos; se puso un calzado riquísimo, brazaletes, pendientes, sortijas, y se engalanó con todos sus adornos.»



Nada parece faltar á un tal lujo de tocado, y se necesitaba que fuese grande para parecer tal á los jefes asirios, que de él quedaron tan impresionados como de la belleza de esta heroína.

Cuando se presentó ante ellos para poder llegar al rey: «Sus ojos, dice la Biblia, estaban sorprendidos.» Estos le aseguraron que seria bien tratada por Holophernes y la condujeron á la tienda del rey. «Entra en seguida, y habiéndose parado ante Holophernes, quedó el mismo enamorado por los ojos.» Su belleza y el esplendor de su tocado, que la realzaban, no hicieron menos efecto sobre los que les rodeaban. «¿Quién podría menospreciar, exclamaron los oficiales, el pueblo de los hebreos, que tienen mujeres tan hermosas que merecen que combataremos contra ellos, por ellas?»

Las seducciones del tocador no fueron siempre empleadas con intenciones tan puras y tan desinteresadas como en esta ocasión, en donde la sublimidad del fin, que era el rescate de un pueblo, parecía suficiente, en la *Biblia*, para autorizar la perfidia del medio empleado y la violencia del acto.

Las inspiraciones menos nobles de la coquetería y del cálculo se encuentran muy á menudo en los refinamientos de la mujer judía.

El celo religioso y reformador de los profetas, los tribunos y los moralistas de la Judea, que son los poetas, estalla contra estos refinamientos corruptores, tan contrarios á la ley. ¡Con que energía, bajo el poderoso Ezequias, este rey tan orgulloso de sus tesoros, truena la voz de Isaías!

Es con un furor inspirado que describe, denuncia y amenaza el fausto criminal de las hijas de Sión.

«El Señor ha dicho: Para que las hijas de Sión sean elevadas, puesto que han marchado alta la cabeza, haciendo signos con los ojos y gestos con las manos, puesto que han medido y estudiado todos sus pasos, el Señor volverá calva la cabeza de las hijas de Sión, y hará caer todos sus cabellos.

»En ese día el Señor les arrebatará sus magníficos calzados, sus medias lunas de oro, sus collares, sus sertas de perlas, brazaletes, tocas, cintas para los cabellos, ligas, cadenas de oro, cajas de perfumes, pendientes, sortijas, la pedrería que colocan en su frente, sus ropas magníficas, bandas de color, su hermosa ropa blanca, sus punzones de diamante, espejos, camisas de gran precio, sus fajas y los trajes ligeros que llevan en verano; y su perfume será cambiado en fetidez, su cinturón de oro en una cuerda, sus rizados cabellos en una cabeza desnuda y sin cabellos, y sus ricos cuerpos de basquiña en un cilicio.»

¿Eran estas acusaciones exageradas?

¿Cómo echar un velo sobre esas corrupciones de un pueblo que uno está dispuesto á ver bajo el color demasiado uniforme de las ideas religiosas? Esas judías ardientes, dotadas de una fascinación extraordinaria, de una belleza llena de languidez y de vivacidad, se les entrevee en la *Biblia*.

La raza que ha producido las profetisas de abrasadora palabra, como las Déboras y tantas otras mujeres de corazón intrépido, ha conocido también los arrebatos sexuales.

Cuanta pasión y coquetería no hay en estas mujeres capaces ora de todas las audacias, ora de todas las astucias, ora de todas las virtudes y de todos los vicios; esto es sabido y se adivina.

Las más puras temían dar testimonio de este arrojo, de esta pasión á menudo mezclada



con astucia y cálculo es honesta y casta. ¡Judith! ¡Sin embargo, qué poder y que voluntad de seducción! ¡qué invencible atractivo y qué profundidad de astucia! ¡qué voluptuosos arrebatos en la Sulamita! ¡qué de sortilegios irresistibles en Esther suplicante! ¡y como se levanta luego que ha obtenido la gracia que solicitaba, temblando de odio y de venganza, para arrancar á Asuéro la promesa de destruir á los enemigos de los judíos!

Esto nos permite ver lo que debían ser las mujeres sin freno que la religión no tenía sojuzgadas, y que alguna vez encontraban un estímulo á la destemplanza en los cultos siempre dispuestos, en Judea, á el imperio al culto del verdadero Dios.

La cortesana judía alcanzó una especie de corrupción que aventaja á la de la cortesana griega ó romana, y que, en todo caso, es diferente.

La Judea tuvo algo peor quizás que las bacanales.

Estas prostituciones en «los altos lugares;» estas «tiendas de las jóvenes», estos tejidos ornados de figuras; estas ceremonias impúdicas y venales de un culto extranjero por sacerdotisas revestidas con trajes esplendidos, los cabellos humedecidos con perfumes, dan la idea de corrupciones desconocidas al mundo europeo. Africa y Asia parecen confundirse en los impuros ardores de esta orgía sagrada.

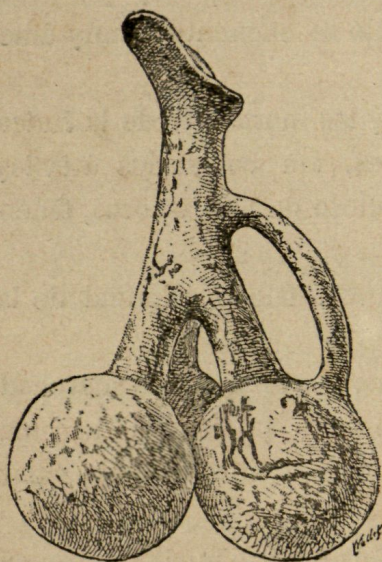


Fig. 222.—Vaso de cuerpo triple cipriota.

Estos excesos se destacan en un fondo de sociedad moralmente sano, y en donde se conservan fuertes virtudes domésticas. Todo da lugar á creer que no fueron impalables sino á una minoría, que una cierta severidad queda en la masa en el fondo de las costumbres, como cierta simplicidad reina en el fondo de los hábitos.

Los libros de naturaleza puramente moral que encierra la *Biblia* atestiguan esta solidez de sentido y las virtudes esenciales de la raza.

Ciertamente hay que guardarse de juzgar un pueblo por sus códigos religiosos y por sus obras de moral.—Entre el ideal que manifiestan y la práctica, hay á menudo distancia. No obstante estos libros reflejan también los instintos profundos y el pensamiento reflejado de una raza.

Los libros de moral pura, al uso del pueblo judío, recomiendan sin cesar las virtudes contrarias al lujo.

El *Eclesiastes* condena con fuerza la avidez y el amor á los goces. «Nada hay más injusto, dice, que el que ama el dinero; porque un hombre de esta especie vendería su misma alma.»

¡Y qué menosprecio para la pereza!—«Perezosos, atended á la hormiga; considerad su conducta; no teniendo ni jefes ni príncipes, hace sus provisiones durante el verano, y amasa durante la cosecha con que nutrirse. ¿Hasta cuando dormiréis, perezosos?

Job, que dijo que «el hombre es hecho para trabajar, como el pájaro para volar», se complace en humillar el lujo ante la sabiduría: «La sabiduría no se da de ningún modo por el oro más puro, no se compra de ningún modo por el peso de la plata. No se la debe comparar con las mercancías de las judías, cuyos colores son los más vivos, ni con la sardónica más preciosa, ni con el zafiro. Lo que haya de más grande y de más elevado ni siquiera será nombrado junto á ella.»



Job quiere que la maldición divina caiga sobre él, si ha puesto en la riqueza y en el fausto su orgullo y su gozo.

La mayor parte de las sectas judías parecen estar reconcentradas en este ideal de severidad y de templanza.

Los saduceos fueron los más apegados á la riqueza, sin duda porque sus aspiraciones no iban más allá de esta vida.

Más en esta rebusca de bienes temporales, de los abusos del fausto y de los refinamientos, no hay relación estrecha ni resultado necesario.

Se está de acuerdo sobre la manera en general simple y laboriosa como vivían los fariseos, penetrados además del dogma de la vida futura, y que formaban de mucho la secta más numerosa.

Los esenianos representaban una especie de protesta permanente contra el lujo y la molice de las almas, por su vida conventual y por la práctica de todas las virtudes de caridad que recomiendan los libros santos.

Más allá del tiempo que hemos recorrido, se encontrarían difícilmente nuevos rasgos originales que distinguieran el lujo y las artes de esta nación, consagrada á llevar el yugo de la servidumbre extranjera. Reedificar su capital, reconstruir su templo, luchar sin descanso, tener que defender contra las agresiones perpétuas su independencia y su vida, ¡qué rudo destino! Entregada primero á la rapiña de sus vecinos, después á los enemigos más lejanos, esta nación no obtiene tranquilidad sino cuando se manifiesta decididamente reducida á la obediencia.

La dominación de los Ptolomeos debía dejar un poco de puesto á la seguridad, á la dulzura de las costumbres, á este lujo moderado que tiende á la felicidad. Bajo Antígono, se ve al gran sacerdote Simón embellecer Jerusalén; pero Ptolomeo Filopator abre de nuevo la era de las persecuciones.

La Judea vuelve á encontrar una cierta prosperidad con los reyes de Siria. Salomón IV interrumpe el curso, cuando cede á la tentación de apoderarse de los tesoros del templo. Dios, según la *Biblia*, toma estos tesoros bajo su protección. Se sabe la historia de este caballero terrible que se precipita sobre Heliodoro á la entrada del templo, que huella con los pies de su caballo, mientras que dos jóvenes le pegan reiterados golpes.

¿Quién se acuerda hoy que bajo Antíoco Epifanio (año 175 antes de Jesucristo) se ve aún el abuso de la riqueza y de los placeres en Jerusalén?

La gran dignidad vendida por dinero; el venerable Onías depuesto y reemplazado por su hermano Jasón, quien estableció en la Ciudad Santa los gimnasios y los lugares de ejercicio parecidos á los de los griegos; las ceremonias del culto descuidadas por los espectáculos profanos, que arrastran á los sacerdotes y al pueblo á toda clase de desórdenes; estos hechos, que en su tiempo fueron de importancia, apenas han dejado rastro en la memoria de los hombres.

El pillaje del templo, finalmente, realizado por Antíoco, sirve de punto de partida á las nuevas persecuciones. Ellas suscitaron los macabeos un siglo y medio antes de la Era Cristiana. Pero su obra libertadora no asegura á la Judea sino una independencia precaria, que no debía ver al día siguiente.

¿Qué añadiría á un tal bosquejo el cuadro de la dominación romana? El lujo la acompaña, pero un lujo romano, ya no un lujo judío.



Herodes se propuso, no obstante, reconstruir el templo, para darle más extensión y esplendidez. Para edificarle, fueron contruidos mil carros aptos para transportar las piedras, diez mil obreros fueron empleados; á la cabeza de éstos se pusieron mil sacerdotes. Josefo describe, y por decirlo así se complace en contar la altura y longitud del monumento, los arcos de las puertas, adornadas de colgaduras brillantes guarnecidas de flores purpúreas; la vid de oro que corría encima de las cornisas; la esplendidez de los pórticos y de las columnas, en número de ciento setenta y dos, formando cuatro hileras, y cuyos capiteles estaban esculpidos á la moda corintiana; los mismos techos, ornados de esculturas; la abundancia de bronce, de plata y de oro.

¿Pero qué nos importa este lujo que repugna al espíritu religioso y al viejo espíritu nacional?

¡Cuántos antiguos templos, más simples, no manifestaban mejor la pureza de la ley mosaica!

Herodes no temía infringir la ley religiosa en que se prohibía representar y consagrar las figuras de seres vivientes. Puso en la puerta principal del templo una águila de oro de gran tamaño.

Esto hizo murmurar á los judíos. Cuando se creyó al rey moribundo, se formó un complot, y el águila fué derribada á hachazos. Los jefes de este complot, Judas y Matías, pagaron este atrevimiento con su vida: este último fué quemado vivo.

Esto no era sino el principio de las escenas á menudo trágicas á que estaba reservado este último templo de los judíos, ellos mismos iban á degollarse delante del tribunal de los romanos, bajo Tito, y el fuego, puesto á porfía por los vencedores y los vencidos, debía devorar el magnífico edificio.

Este fué el último monumento del lujo entre los judíos. En cuanto á lo demás, Herodes no hizo otra cosa que inaugurar por medio de crueldades un fausto real que se resiente del Oriente, un fausto civil que recuerda á Roma. Desplegó una magnificencia que es su solo título al nombre de Grande; pensiona los poetas, distribuye los premios en los Juegos Olímpicos, y mientras envilece el pontificado y las instituciones nacionales, multiplica los monumentos y los testimonios de un lujo que de vez en cuando es verdadero, útil y grandioso, pero que muy á menudo hace depravar las costumbres.

Si cubre las antiguas ciudades de edificios soberbios, introduce en ellas todas las diversiones de los romanos. Construyó Cesárea, cuyo fuerte tuvo una muralla de mármol blanco; levantó un teatro, un circo y un templo dedicado á Augusto; lo mismo en Jerusalén, edificó el más suntuoso teatro, y un circo fuera de los muros, en medio de la indignación de los judíos fieles á la ley, irritados al ver trasplantar el lujo corrompido de los gentiles en el corazón mismo del santuario.

Tal es la ciudad de Jerusalén que visita Jesús, la ciudad por la que llora, y de la cual anuncia el cercano fin. Esta Jerusalén, entregada al lujo profano de los romanos, no pudo menos de escandalizarle; de la misma manera se indignaba de la Jerusalén de los escribas y de los fariseos que le hizo condenar y morir.

La Judea había terminado su papel en la tierra como nación: había llenado su misión como pueblo de Dios.

---